

A Dios gracias ella no tenía que pasar por examen de ninguna clase, pensó..., al menos se había evitado tal cosa. A Tom jamás se le había ocurrido pensar que la muerte accidental de Mary, sobrevenida a los cincuenta y siete años de edad, hubiese sido un hecho afortunado, pero aquello había ocurrido antes de instaurarse los exámenes.

Cerró el reloj y lo dejó sobre la mesa, al mismo tiempo que decía:

—Déjame ese reloj esta noche..., me preocuparé de que mañana te pongan un buen cristal.

—Está bien, papá..., sí, tienes razón, es un reloj viejo.

—Así es..., así es -murmuró Tom-. Déjamelos y haré que te pongan un buen cristal, un cristal que no se rompa fácilmente. Sí, déjamelos...

Tom respondió luego a preguntas de orden monetario, y después a otras como, por ejemplo: "¿Cuántas monedas de veinticinco centavos hay en un billete de cinco dólares? y "Si resto treinta y seis centavos de un dólar, ¿qué cambio me queda?"

Casi todas ellas eran formuladas por escrito, y Less permaneció todo el tiempo sentado frente a su padre, controlando el tiempo que tardaba en contestarlas. La casa estaba sumida en el silencio. Todo parecía normal y corriente..., los dos hombres allí sentados, y Terry cosiendo en la sala de estar.

Y esto era precisamente lo terrible.

La vida seguía como siempre. Nadie hablaba de morir. El Gobierno enviaba cartas, se efectuaban los exámenes, y aquellos que fracasaban recibían la orden de presentarse en el centro gubernamental para que se les administraran las inyecciones. La ley funcionaba como una máquina perfecta, el índice de mortalidad era normal, y se ponía freno al problema del aumento de población..., todo llevado a cabo oficial-

mente, de forma impersonal, fría, sin un lamento ni una lágrima.

Pero eran personas queridas las que morían.

—No vale la pena de que pierdas el tiempo observando ese cronómetro -dijo Tom-. Puedo resolver estas preguntas sin tu ayuda... y sin que mires tan fijamente ese maldito reloj.

—Papá, los examinadores harán lo que yo hago ahora.

—Los examinadores son eso..., examinadores -replicó Tom con enfado-. Pero tú no lo eres.

—Papá, estoy intentando ayudarte...

—Bien, entonces ayúdame..., ayúdame de verdad. No te quedes ahí sentado contemplando ese reloj.

—Eres tú quien ha de examinarse y no yo -contestó Less, sintiendo que la ira enrojecía sus mejillas-. Y si tú...

—Si..., mi examen... ¡mi examen, sí! -replicó Tom súbitamente enfurecido-. Todos os habéis preocupado, ¿verdad? ¡Todos os habéis preocupado...!

Las palabras le fallaron otra vez, y en su cerebro se acumularon una serie de furiosos pensamientos.

—No tienes por qué gritar, papá.

—¡No estoy gritando!

—¡Papá..., los niños están durmiendo! -exclamó Terry desde la sala de estar.

—¡No me importa que...! -gritó Tom.

Se detuvo y se recostó en la silla. Soltó el lápiz que sostenía sus dedos, que rodó sobre el mantel de la mesa.

—¿Quieres continuar, papá? -interrogó Less conteniendo su nerviosa cólera.

—No pido mucho -murmuró Tom para sí-. No pido mucho a la vida.

—Papá..., ¿continuamos?

Tom se irguió y replicó lentamente, con tono de herido orgullo.

—Si para ti no es perder el tiempo..., si no consideras que pierdes tu tiempo...

Less examinó una vez más los impresos, que en aquel momento sostenía con dedos crispados. ¿Preguntas de tipo psicológico? No, no podía hacérselas. ¿Cómo iba a preguntar a su anciano padre lo que opinaba sobre el sexo, a aquel padre de ochenta años para quien la observación más inocente era "obscena"?

—Bien... -murmuró Tom en actitud de espera.

—Parece que no queda más -dijo Less-. Hace casi cuatro horas que estamos trabajando.

—¿Y esas hojas que tienes en la mano?

—Casi todas ellas se refieren... a la cuestión física, papá.

Vio cómo los labios de su padre se crispaban y durante un momento temió que Tom fuera a insistir, pero todo cuanto el anciano dijo fue:

—Un buen amigo..., un maravilloso amigo.

Less se detuvo. No valía la pena de hablar más sobre aquello. Tom sabía perfectamente que el doctor Trask no podría firmar un certificado de buenas condiciones físicas, como hizo ya en los tres exámenes anteriores.

Less también sabía lo atemorizado y ofendido que se sentiría Tom, cuando tuviera que desvestirse y permanecer enteramente desnudo ante los médicos, que lo examinarían y le harían preguntas ofensivas. Tampoco ignoraba Less el miedo que Tom sentía al ser observado por un orificio mientras se vestía, para anotar en un gráfico el tiempo que empleaba en vestirse y cómo lo hacía. Sin contar el hecho de que, al comer en la cafetería del Gobierno, durante el descanso concedido en el largo día del examen, unos ojos le contemplarían de nuevo, atentos, si dejaba caer el tenedor o la cuchara, tropezaba con el vaso de agua o se ensuciaba la camisa con alguna gota de grasa.

—Te pedirán que firmes y escribas después tu dirección —explicó Less, con el deseo de que su padre olvidase el examen físico, pues sabía lo orgulloso que se sentía Tom de su caligrafía.

Simulando obrar de mala gana, el anciano recogió el lápiz y se puso a escribir. "Les engañaré". pensó, mientras el lápiz se movía sobre el papel con fuerza y seguridad.

"Míster Thomas Parker —escribió—. 2.719, Brighton Street, Blairtown, New York".

—Y la fecha... —añadió Less.

El anciano escribió: "17 de enero de 2003". Después sintió que algo muy frío se movía en su interior.

Al día siguiente era el examen.

Yacían en el lecho uno al lado del otro, pero sin dormir. Apenas habían hablado al desnudarse, y cuando Less se inclinó para darle un beso y las buenas noches, ella murmuró algo inaudible para él.

En aquel momento se volvió de costado, exhalando un profundo suspiro y, en la semioscuridad de la habitación, la miró. Ella abrió los ojos para mirarle a su vez.

—¿Dormido? —preguntó ella suavemente.

—No.

Less no dijo nada más. Esperó a que hablase ella. Pero al cabo de unos momentos Less dijo:

—Creo que esto es... el final.

Sus últimas palabras fueron muy débiles porque no le gustaban. Sonaban ridículamente melodramáticas.

Terry nada dijo. Luego, como si pensara en voz alta, murmuró:

—¿Crees que existe alguna posibilidad de...?

Less tensó todos los músculos de su cuerpo, porque sabía lo que ella le estaba preguntando.

—No —respondió—. Jamás superará la prueba.

Oyó cómo Terry tragaba saliva. "No me lo digas —pensó desesperadamente—. No me digas que durante quince años he estado diciendo lo mismo. Lo dije porque sabía que era cierto".

Súbitamente deseó haber firmado años antes la Demanda de Eliminación. Los dos necesitaban desesperadamente verse libres de Tom, por el bien de sus hijos y de sí mismos. Pero ¿cómo se explicaba aquella necesidad con palabras, sin sentir la impresión de cometer un crimen? No se podía decir: "Espero que el viejo fracase. Espero que le maten pronto". Y, sin embargo, todo cuanto se pudiera decir con otras palabras no era más que un eufemismo, un hipócrita sucedáneo de aquellas palabras..., porque aquellas palabras eran las que expresaban exactamente lo que se sentía.

Terminología médica, pensó..., gráficos de cosechas - insuficientes, bajos niveles de vida, hambre, y nivel de salud deficiente...: habían empleado todas aquellas palabras - para apoyar la promulgación de la ley. Mentiras..., mentiras

Si al menos pudiese olvidar el pasado y considerar a su padre como lo que era en aquel momento..., un anciano inútil y agotado que estaba arruinando sus vidas. Pero era muy difícil olvidar cuánto había amado y respetado a su padre, olvidar los buenos ratos pasados con él en el campo, las excursiones de pesca, las largas conversaciones nocturnas, muchas cosas que él y su padre habían compartido.

Aquél era y había sido el motivo por el cual nunca había tenido ánimos para firmar la petición. Bastaba con llenar un impreso, algo mucho más sencillo que aguardar los exámenes quinquenales. Pero eso hubiera significado firmar la sentencia de muerte de su padre. Pudo solicitar al Gobierno que dispusiera del viejo como si se tratara de un desperdicio.

Pero ahora su padre tenía ochenta años y, pese a haber recibido una educación basada en sólidos principios morales y cristianos, tanto él como Terry temían que el viejo Tom lograra aprobar el examen y seguir viviendo con ellos otro cinco años más..., otros cinco años gruñendo por toda la casa, contraviniendo las instrucciones dadas a los niños, rompiendo cosas, deseando ayudar sin ser más que un estorbo, y haciendo de la vida una continua guerra de nervios.

—Será mejor que duermas —murmuró Terry más tarde.

Less lo intentó, pero no pudo conseguirlo. Permaneció inmóvil en la oscuridad, mirando hacia el oscuro techo de la habitación, e intentando hallar una respuesta sin resultado.

El despertador sonó a las seis. Less no tenía que levantarse hasta las ocho, pero deseaba ver a su padre. Abandonó el lecho y se vistió silenciosamente para no despertar a Terry.

Pero Terry despertó y le miró desde la almohada. Tras una pausa se apoyó sobre un codo, mirándole aún con gesto soñoliento.

—Me levantaré y te prepararé el desayuno —dijo.

—No te preocupes —replicó Less—. Puedes quedarte en cama.

—¿No quieres que me levante?

—No te molestes, cariño..., quiero que descanses.

Terry se tendió y se volvió hacia el otro lado para que Less no viese su cara. No sabía el motivo, pero había empezado a llorar en silencio; ignoraba si era porque no quería que Less viese a su padre, o porque en aquel momento se acordó del examen. Pero no podía dejar de llorar. Todo cuanto pudo hacer fue permanecer en extrema tensión hasta que se cerró la puerta del dormitorio.

Entonces temblaron sus hombros, y un fuerte sollozo que bró la barrera que ella misma había alzado.

La puerta de la habitación de su padre estaba abierta al acercarse Less. Miró hacia el interior y vio a Tom sentado en el borde de la cama, inclinado hacia delante, atándose los cordones de los zapatos. Vio cómo los sarmentosos dedos trataban de hacer el lazo.

—¿Todo va bien, papá? —preguntó Less.

El hombre le miró muy sorprendido.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —preguntó.

—Pensé en desayunar contigo —dijo Less.

Durante un momento ambos se miraron en silencio. Luego, su padre volvió a inclinarse sobre los zapatos.

—Eso no es necesario —murmuró el anciano.

—Bien, de todas formas habrá que desayunar algo —dijo Less volviéndose para que su padre no pudiera discutir.

—¡Oh...!

Less se volvió.

—Confío en que no olvides ese reloj —dijo Tom—. Lo llevaré hoy a la joyería para que le pongan un cristal decente..., un cristal que no se rompa con facilidad.

—Papá, ese reloj es muy viejo —replicó Less—. No vale ni cinco centavos.

Tom asintió lentamente con un movimiento de cabeza, alzando una mano y haciendo con ella un gesto como si tratara de evitar toda posible discusión.

—De todas formas —insistió—, trataré de...

—Está bien, papá, está bien. Lo dejaré sobre la mesa de la cocina.

Tom se incorporó y miró a Less durante un momento sin que en sus ojos se reflejara expresión alguna. Luego, como si obedeciese a un segundo pensamiento, volvió a inclinarse sobre sus zapatos.

Less contempló los grises cabellos del anciano y advirtió que sus dedos temblaban más que nunca. Después se volvió.

El reloj seguía sobre la mesa del comedor. Less lo recogió para dejarlo sobre la mesa de la cocina. Pensó que quizá el viejo estuvo pensando en el reloj durante toda la noche. De lo contrario no le hubiese hablado de él tan pronto.

Puso agua en la cafetera y oprimió los botones que correspondían a dos raciones de huevos con tocino. Luego se sirvió dos vasos de jugo de naranja y tomó asiento ante la mesa.

Un cuarto de hora después entró su padre en la cocina, con su traje azul oscuro, los zapatos cuidadosamente pulidos, las uñas arregladas y los cabellos bien peinados. Parecía mucho más viejo cuando se acercó hasta la cafetera de cristal y la miró.

—Siéntate, papá —dijo Less—, te serviré yo.

—No soy un inútil —replicó Tom—. Quédate donde estás.

Less sonrió y dijo:

—He preparado huevos con tocino.

—No tengo apetito —replicó Tom.

—Necesitas desayunar bien, papá.

—Jamás he desayunado fuerte —contestó Tom secamente sin apartar los ojos de la cafetera—. No creas..., no es bueno para el estómago.

Less cerró los ojos durante un momento y en sus facciones se reflejó una terrible desesperación. "¿Para qué me habré molestado en madrugar? —se preguntó—. Lo único que hacemos siempre es discutir."

"No." Less tensó todos los músculos de su cuerpo. Tenía que mostrarse alegre aun a costa de un enorme esfuerzo.

—¿Dormiste bien, papá? —preguntó.

—Desde luego que dormí bien —respondió su padre—. Siempre duermo bien. Muy bien. ¿Acaso crees que no dormiría por culpa de un...?

El anciano se detuvo y se volvió mirando a Less con ademán acusador.

—¿Dónde está ese reloj? —preguntó.

Less lanzó un hondo suspiro y alzó el reloj que había dejado antes sobre la mesa. Su padre avanzó trabajosamente sobre el linóleo, tomó el reloj con una mano y lo contempló durante un instante, avanzando ambos labios con gesto despreciativo.

—Un trabajo vulgar... —contestó en voz baja—. Muy vulgar...

Guardó el reloj en uno de los bolsillos de su chaqueta, añadiendo tras una ligera pausa:

—Te conseguiré un cristal decente..., uno que no se rompa.

Less asintió con un movimiento de cabeza y respondió:

—Eso será magnífico, papá.

El café ya estaba hecho y Tom sirvió dos tazas. Less abandonó su asiento y apagó la parrilla automática. Tampoco él en aquellos momentos tenía el más mínimo apetito, pensó.

Luego se sentó frente al ceñudo padre y bebió café, agradeciendo el reconfortante calor que se deslizaba por su garganta. El café tenía un sabor horrible, pero Less sabía que aquella mañana los mejores manjares del mundo tendrían el mismo sabor amargo para él.

—¿A qué hora tienes que estar allí, papá? —preguntó, para romper el silencio.

—A las nueve en punto —respondió Tom.

—¿No quieres que te lleve en el coche?

No, no..., nada de eso —dijo Tom como si estuviese hablando con una criatura—. Iré en metro. Me lleva hasta allí con suficiente tiempo.

—Está bien, papá —asintió Less, contemplando el café que restaba aún en su taza.

Debía decir algo, pensó, pero nada se le ocurría. Entre ambos reinó el silencio durante unos largos minutos, mientras Tom bebía su café a sorbos lentos y metódicos.